



¿Es posible un cine para la paz?

Hasta el último hombre **de Mel Gibson**

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE¹

No deja de ser curioso, por no decir algo incómodo, reconocer que al momento de escribir sobre las relaciones entre el cine y la paz me encuentro con un difícil muro. Y ese muro es el concepto de paz. Más allá de un anhelo colectivo, en especial para la historia de un país como Colombia signado por la guerra (real, mediática o de cualquier tipo), de cualquier relación rápida con sentimientos de tranquilidad,

quizás felicidad, es difícil pensar la paz, por lo menos con mayor profundidad. No sin cierta dificultad recuerdo el famoso texto político de Emmanuel Kant titulado: *Sobre la paz perpetua*. La naturaleza de este libro, cuyo bello título se inspira en la obra de Abad de Saint Pierre, tiene como fin la configuración de una estructura jurídica que suponga la unificación (en clave confederada) de los distintos gobiernos del mundo para evitar la guerra. Y se hace inevitable pensar la paz como un concepto negativo. Esta elusiva figura es tal vez lo que viene después del fin de un conflicto bélico.

¹ Comunicador Social y Periodista. Profesor del Núcleo de Formación Básica y Disciplinar de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: cfalvarado@umanizales.edu.co

Parte del motor narrativo del cine está centrado en el conflicto. Un filme, por lo

menos en su más clásica estructura, opera en términos de una pequeña guerra entre personajes (materializados en acciones en pugna). Lo cual explica por qué es fácil encontrar una voluminosa filmografía sobre la guerra (de hecho el cine bélico es un género institucionalizado) y no es sencillo encontrar filmes sobre la paz. Este problema se soluciona de manera sencilla si pensamos que la paz opera como correlato de la guerra (por lo menos la guerra como ausencia de paz), lo cual permite pensar que en la filmografía bélica la paz está presente. De hecho bien puede reconocerse que existe una marcada tendencia antibelicista en el cine. Las películas de guerra, en el fondo, son un tratado por la paz (la reclaman, muestran los efectos de su ausencia) y nos permiten un registro (inspirado en hechos reales, con la potencia de la fabulación) de la importancia del conflicto como contraparte. Esto parecería sugerir que no es fácil que el cine haga películas sobre la paz si esto implica una ausencia de conflicto.

Posiblemente por eso la pregunta que nos interesa es ¿qué puede decirnos de la paz un cine abocado a hacer referencia a la guerra? Y para ser más específicos ¿puede una película bélica ofrecernos un punto de vista sobre la paz que no sea solo el retrato de un deseo, una ausencia? Quisiera responder de manera afirmativa ambas preguntas y para hacerlo valerme del más reciente trabajo del director y actor australiano Mel Gibson, titulado: *Hasta el último hombre (Hacksaw ridge)*. Basada en hechos reales, este particular *bio-pic* narra la historia del primer objetor de conciencia norteamericano que estuvo, a finales de la segunda guerra mundial, en el campo de batalla. Con una estética hiperrealista que magnifica la carnicería que supone el uso de artillería pesada en la cima de una colina, Gibson dibuja los desolados pasajes del combate, sino la

presencia de un cuerpo que opera como resistencia.

Y no logro pensar en una mejor manera de enaltecer lo que puede un cuerpo al resistir en una doble dimensión. Resistencia física inusitada (motivada por una fe católica férrea) capaz de reducir las víctimas de la cruda carnicería. Resistencia simbólico-moral al no entrar al campo de batalla para tomar vidas. Nuestro protagonista, Desmond Doss (Andrew Garfield) se ampara en la objección de conciencia para no portar armas. Resistencia a la técnica que está al servicio de la muerte. Pero al mismo tiempo, enaltecimiento de la técnica (en este caso médica) que está al servicio de la supervivencia. La potencia de esta oda a la resistencia se materializa en una noche en que nuestro héroe rescata cerca de 75 compañeros caídos que habían sido abandonados por la tropa. Logra ponerlos a salvo en un acto de valentía que se amplifica cuando recordamos (el filme lo hace al terminar) que la historia está basada en hechos reales.

Gibson nos regala una poderosa puesta en obra de la resistencia que no evade la existencia de la guerra. Es que el antibelicismo radica precisamente en dibujar la paz en el más cruento escenario, sin maquillar la existencia de la guerra y sus tortuosos excesos. En tiempos en que la guerra no está en primer plano (para Colombia tras la firma del acuerdo), la paz solo puede subsistir si no olvida que el conflicto es una suerte de anverso necesario para su manutención. Resistir el uso de las armas bajo la consigna de mantener la vida, como bien hace el protagonista del filme, es quizás la más honesta de las asunciones de que la guerra y la paz son connaturales. Y no cabe duda el cine que habla de la guerra, singular vocación de la historia del séptimo arte, nos ha legado los mejores tributos a la paz que podamos imaginar.